...Y pienso, Pablo, en ti
allá lejos, arriba en tu colina,
solo en tu laberinto de líneas y colores
infatigable de impulso ardiendo...

A través de las páginas, va reflejándose el polifacetismo del pintor, capaz de transformar todo lo que sus impresionantes ojos ven en una obra de arte, «De ti se espera todo» le dirá el poeta... «cubierto estás de vientos y temporales/ y las piedras que arrojas/ pueden romper lo mismo el ojo de una flor/ que originar un niño,/ un pájaro,/ una estrella.» Alberti identifica el arte, la creación, con Picasso, como si éste fuera su origen y su destrucción, su principio y su fin, y él, el único ser capaz de trastocar los tradicionales conceptos de belleza y equilibrio clásicos, inmutables y venerados a través de los siglos.

Te ensañaste con Venus.

Ha sido tanto tiempo demasiado hermosa.
Hora es ya
de que tus altas tetas se te caigan
o queden reducidas a un círculo cualquiera.

El ímpetu, el incansable entusiasmo y gigantesca capacidad de trabajo de Picasso, maravillan al escritor que se rinde ante el mayor genio contemporáneo.

Pablo ¿qué haces? Pintas.
Oyes el siglo. Pintas.
Pintas, dibujas, grabas, escribes, pintas, pintas.
Para ti son los días de cien horas.
Que no se atreva nadie a robarte una.

Leyendo a Alberti no es posible sustraerse al magnetismo de la personalidad del universal pintor. Su incontenible admiración arrastra al lector en cada verso hasta aproximarlo a la versátil imagen de ese Picasso sencillo que dice que está en el dentista para huir de la gente, ese monstruo que domina el siglo capaz de ser él solo un «país superpoblado», ese niño que no conoce ni la A, ese tarambana que arremetió con todo y con todo ha acabado, ese demonio que escondía colores nunca vistos, ese toro que sabe geometría y al que nadie se atreve a torear, ese «veloz torbellino que nos ciega,/ nos prende, nos confunde», ese Diego, José, Francisco de Paula, Juan Nepomuceno, María de los Remedios, Crispín, Crispiniano de la Santísima Trinidad... que todos conocemos como Pablo Picasso.

María Asunción Mateo

Los libros

Versos sueltos de cada día

Si hubiera de escoger una imagen, de cuantas tengo en mi memoria, para representar, a mi entender, la más próxima al Rafael Alberti de este libro, sin duda sería una que tengo por familiar emblema, la de *El pensador* de Rodin, inclinado mentón masculino sobre mano dispuesta, ese gesto meditativo que parece decirnos que ser poeta es tratar de decir a los demás nada más que aquello de lo que quieran hacer uso. Postura adulta ésta del poeta, tempranamente madurada en su filosofía y voluntaria reclusión, entonces, en la frontera de la edad (no olvidemos que el poeta se encuentra en su ochenta aniversario), al par que reflexiona y hace inventario de toda su escritura fundida con el canto junto al mundo más próximo.

Y es que en su memoria siguen estando las amadas de metal fino, las canciones y nanas populares de *Marinero en tierra*, la búsqueda del mar, del mar de Cádiz, la mar de quien se llama ahora «viejo lagarto atlántico», los paisajes que presidieron *La amante* y *El alba del alhelí;* incluso la referencia a Bécquer («con cierto deje becqueriano») ese Bécquer que palpitó en *Sobre los ángeles* y condujo musicalmente el drama cotidiano en verso libre.

En *Versos sueltos de cada día* también volvemos a encontrar al autodenominado «poeta en la calle», más en la calle que nunca, porque ahora la calle es el destino («La calle, ahora, es tu destino», escribe).

Vuelve también el tema del exilio, con el tono evocador que habitaba *Retornos de lo vivo lejano*, una mirada lírica sobre el paisaje, que, ahora, es la urbe (las urbes), Roma, Madrid, como ya fuera aquella última en *Roma peligro para caminantes*

> Cuanto gato que veo
> me lleva en vuelo a Roma,
> a mis viejos tejados
> con Garibaldi al fondo.

sólo que ahora la ciudad es también la piel del hombre, latido autobiográfico vivido al filo de la desesperanza que lo convierte en «Marinero de sombras y de angustias» como él mismo escribe.

Versos sueltos de cada día se teje paralelamente a la carrera contra reloj de los singulares recitales albertianos por las provincias españolas y la escritura periodística de los fragmentos de diario en la nueva andadura de la «Arboleda perdida».

Son éstos los poemas que agrupa bajo tan libérrimo y cotidiano título antes de que su «ordenador» sea propuesto y galardonado con el premio Cervantes. Pero no es un libro surgido estrictamente en las particulares circunstancias de lo contemporáneo, sino un poemario de síntesis y reparación de todo lo que pasa por la noche desconsolada del testigo («Capitán de los vientos sin rumbo de la noche»), por los pliegues de la memoria y por las vidas (siempre hay que hablar de las «vidas») de Rafael Alberti, con sus acoples psicoestéticos y aún (de manera intermitente) políticos. Por ejemplo, veamos una de las declaraciones coetáneas a la publicación del libro:

> Soy un poeta entre dos fuegos, estoy siempre entre el clavel y la espada. Uno, de un lado, quisiera ser poeta puro en el sentido amplio de la palabra, y, por otro, está una espada pendiente sobre tu cabeza todos los días. Mira la espada que tenemos ahora encima, con lo de la OTAN, con todos los misiles sembrados en lugar de trigo. ¿Cómo puede uno estar tranquilo con todo eso? No es posible, se está acabando el siglo. Yo lo estoy viviendo todo, un siglo de guerras, de inventos maravillosos, pero en el que se tira la bomba atómica... Pero pienso que el poeta, mientras no se le muere la memoria, está vivo. Por eso hice el poema «Algunos se complacen en decirme/ estás viejo, te duermes/ de pronto en cualquier parte/ llevas raras camisas,/ cabellos y chaquetas estentóreos./ Pero yo les respondo/ como el viejo poeta Anacreonte/ lo hubiera hecho hoy:/ «Sí, sí, pero mis cientos de viajes por el aire,/ mi presencia feliz, tenaz, arrebatada/ delante de mi pueblo.../ y siempre el sostenido, ciego amor,/ más allá de la muerte». (De *Versos sueltos de cada día*).

para aclarar que aunque uno tiene muchos años existe como uno de veinticinco.

He aquí el marco de esta nueva voz de Alberti. Nos encontramos de pronto con un autor a veces angustiado, metafísico a ratos y siempre pariente del viejo maestro Abel Martín (a su vez criatura de su admirado Antonio Machado), capaz de alojar en su escritura un largo escepticismo que solventa el humor y la ternura. Son textos fragmentados («los versos sueltos de la madrugada») cuya errática música no es menos errática que el mismo Rafael Alberti caminante sin rumbo previsto y en las páginas de su diario escribir, como si cada una de ellas y cada escena fuera la terminal de un aeropuerto:

> Antes yo miraba el aire desde el mar.
> Era un marinero en tierra que no podía volar.
> Ahora desde el aire miro el mar.
> Soy marinero en el aire
> que del aire mira al mar.

He aquí la pista en blanco, página lisa sobre la que el poeta incansable aterriza cada madrugada.

En *Versos sueltos de cada día* veremos descender a Rafael «hacia el herido pozo de la angustia» donde quedan los últimos latidos de un ángel extraviado y buscador en la corteza del vivir y donde se acaba por consagrar la marca de un desamor contra el que se rebela: «Me duele el corazón de cuando en cuando».

A través de aforismos, de viñetas humanizadas y de fórmulas cancioneriles, el Alberti de *Versos sueltos de cada día* reflexiona sobre lo escrito y lo vivido, además de lo soñado, en el camino de su propia sombra, en el revés del existir. Parecen estas páginas las notas de un viaje que constatan (alguna vez violentamente) el existir de un alma libre, solitaria e irredenta:

> Pero me voy a levantar, ¡qué solo,
> qué inmensa soledad me espera hoy!

Versos sueltos de cada día es una colección de instantáneas capaces de registrar los matices más escondidos de lo lúdico, de lo insomne:

> Quiero dormir y no puedo.
> ¿Qué será la eternidad?
> Noche sin fin... mas sin sueño.

y de lo sórdido:

> Abismos que me acechan cada día.

Lo mismo que la arbitrariedad de los temas escogidos en libertad por Rafael Alberti lo hacen hablar de la ciudad como estado de ánimo y del cuerpo como fondo expansivo de la urbe, se producen combinaciones, variaciones e inversiones de las estructuras métricas y expresivas (indistintamente en prosa y verso), hasta el punto de que éstas desembocan en un amplio abanico de dispersiones y emociones, incluidas las más sórdidas, que sólo habrán de resolver en el proceso de escritura/lectura, es decir, habrán de acompañarnos en estos años terminales del siglo.

Y es que vivimos a su través el conflicto del poeta contemporáneo, del poeta que camina hacia el siglo XXI buscando en el laberinto de la conciencia su imagen verdadera, mientras que los testigos (el lector primero y luego sus oyentes, no olvidemos que muchos de estos textos se han de leer en público) asistimos al proceso de desnudamiento de aquella voz como a una confesión a dúo. En *Versos sueltos de cada día* hallamos el latido albertiano más profundamente sustantivo, salpicado de objetos cotidianos, («Oigo siempre una radio pequeña, de bolsillo») que emergen en el paisaje de la noche. La manera como ellos se transmiten a un receptor-cómplice crea la desasosegante apoteosis del sentir que dialoga con otras posibilidades del ser exclusivamente en el poema: «Canción, no me dejes/ y si ella me deja/ cántame, canción,/ cántame con ella».

Pero no acaba aquí la propuesta de Alberti. *Versos sueltos de cada día* es, además, un libro que remite al viaje simbólico del hombre por los senderos del vivir, en cuya búsqueda infinita se empeña. Quizá por eso regresan los lugares soñados, los lugares pendientes («Por la puerta de Elvira/ entré hoy en Granada./ Dije, «entraré», hace dos años,/ y entré hoy en Granada».) el blanco originario del pintor, y la luz de la infancia (como en «Espacio» de Juan Ramón Jiménez, el último verso de Antonio Machado y el poema «Angeles» de León Felipe). Por ello *Versos...* es un libro auroral, impregnado de la querencia de los cuadros antiguos, un desvivirse en blanco originario de pintor, en cuya luz el niño enamorado de sus playas inicia (como también lo hiciera su bienamado Miguel de Cervantes) nuevamente la aventura del alba.

Fanny Rubio

El hombre deshabitado

La lectura de *El hombre deshabitado* continúa produciéndose entre los ecos del éxito y del escándalo de la noche de su estreno. Y el texto, publicado por la editorial Plutarco en junio de 1931, resulta inseparable desde entonces del llamado «grito Alberti», que el autor profirió en el proscenio del Teatro de la Zarzuela de Madrid, el 26 de febrero de ese mismo año, en un gesto de innegable traza surrealista: «¡Viva el exterminio! ¡Muera la podedumbre de la actual escena española!»

El «grito Alberti» que hace referencia al juego practicado en la Residencia de Estudiantes de descubrir «putrefactos» en lo caduco y lo anacrónico, es una acción provocadora, desafiante y de combate, en principio, contra el pasado inmediato del teatro español, y contra parte del público, acomodado en los esquemas repetidos de ese teatro, que asistía al estreno de *El hombre deshabitado*. La pobredumbre a la que se refiere Alberti es la de la escena comercial, familiar y doméstica que escribían en ese momento autores como Jacinto Benavente o los hermanos Alvarez Quintero, autores que se encontraban esa noche en el Teatro de la Zarzuela,y que abandonaron la sala —según recuerda Alberti en *La arboleda perdida*— «en medio de una larga rechifla» [1].

La anécdota revela precisamente el alcance de la provocación del estreno de la obra y de las palabras dichas por su autor, y representa, sobre todo, un estallido, la fuga de un punto de tensión en un debate que se estaba

[1] *Rafael Alberti,* La arboleda perdida *(Barcelona, Seix Barral, 1975).*